



## EPÍSTOLA ENCÍCLICA

SOBRE LA DEVOCIÓN DEL ROSARIO

LEON P. XIII.

*Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.*

**M**UCHAS veces en el transcurso de Nuestro Pontificado, atestiguamos públicamente nuestra confianza y piedad respecto á la Bienaventurada Virgen, sentimientos que abrigamos desde nuestra infancia, y que durante la vida hemos mantenido y desarrollado en nuestro corazón.

A través de circunstancias funestísimas para la religión cristiana y para las naciones, conocimos cuán propio era de Nuestra solicitud recomendar ese medio de paz y de salvación que Dios, en su infinita bondad, ha dado al género humano en la persona de su Augusta Madre, y que siempre se vió patente en la historia de la Iglesia.

En todas partes el celo de las naciones católicas ha respondido á nuestras exhortaciones y deseos; por donde quiera se ha propagado la devoción del Santísimo Rosario, y se ha producido copia de excelentes frutos. No podemos dejar de celebrar á la madre de Dios, *verdaderamente digna de todo loor*, y recomendar á los fieles el celo y el amor á María, madre de los hombres, *llena de misericordia y de gracia*.

Nuestro ánimo, lleno de apostólicos cuidados, sintiéndose acercarse cada vez más el momento último de la vida, mira con más gozosa confianza á la que como aurora bendita, anuncia la ventura de un día interminable.

Si Nos es grato, Venerables Hermanos, el recuerdo de otras cartas publicadas en fecha determinada en loor del Rosario, oración en todos conceptos agradable á la que

tratamos de honrar, y utilísima á los que debidamente la rezan, grato Nos es también insistir en ello y confirmar Nuestras instrucciones.

Excelente ocasión se Nos ofrece de exhortar paternalmente á las almas y corazones para que aumenten su piedad y se vigoricen con la esperanza de los inmortales premios.

La oración de que hablamos recibió el nombre especial de Rosario, como si imitase el suave aroma de las rosas y la belleza de los floridos ramilletes. Tan propia como es para honrar á la Virgen, llamada *Rosa mística del Paraíso*, y coronada de brillante diadema, como Reina del Universo, así parece anuncio de la corona de celestiales alegrías que María deparará á sus siervos.

Bien lo vé quien considera la esencia del Rosario; nada se Nos aconseja más en los preceptos y ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo y de los Apóstoles, que invocar á Dios, y pedir auxilio. Padres y doctores Nos hablaron luego de la necesidad de la oración, tan grande que si los hombres descuidan este deber, en vano contarán con la salvación eterna.

Mas si la oración por su misma índole y según la promesa de Cristo es camino que conduce á la obtención de las mercedes, sabemos todos que hay dos elementos que la hacen eficaz, la asiduidad y la reunión de muchos fieles.

Indicase la primera en la bondadísima invitación que nos dirige Cristo: *Pedid, buscad, llamad.* (Math. VII, 7).

Parécese Dios á un buen Padre que quiere contestar los deseos de sus hijos; pero también que éstos con instancia acudan á él y como que con sus ruegos, le importunen, de suerte que ligen á El su alma con los vínculos más fuertes.

Nuestro Señor más de una vez habló de oración en común. «Si dos de entre vosotros se reúnen en la tierra, mi Padre que está en los Cielos les concederá lo que pidan, porque donde se hallen dos ó tres reunidos en mi nombre, yo estaré entre ellos». (Math. XVIII, 19 y 20). Así dice enérgicamente Tertuliano; «Nos reunimos para situar á Dios con nuestras oraciones y como si nos cogiésemos con las manos, violencia agradable á Dios».

Son de Santo Tomás de Aquino estas memorables frases: «Imposible que las oraciones de muchos hombres no sean escuchadas, si, por decirlo así, forman una sola».

Ambas recomendaciones se hallan bien aplicadas al Rosario. Porque en él, en efecto, para no extendernos, redo-

blamos nuestras súplicas para implorar del Padre celestial el reinado de su gracia y de su gloria, y asiduamente invocamos á la Virgen María para que por su intercesión, nos socorra, ya que durante la vida entera estamos expuestos al pecado, ya porque en la última hora estaremos á las puertas de la eternidad.

Apropiado es también el Rosario á la oración en común, y con razón se le ha llamado *Salterio de María*. Debe renovarse religiosamente esa costumbre de nuestros mayores; en las familias cristianas, en la ciudad y en el campo, al finalizar el día y los rudos trabajos del mismo, reuníanse ante la imagen de la Virgen y se rezaba una parte del Rosario. Vivamente interesada por esta piedad filial y común, María, como la madre al hijo, protegía á las familias y les concedía los beneficios de la paz doméstica, que era como presagio de la celestial.

Considerando esa eficacia de la oración en común entre las decisiones que en varias épocas tomamos respecto al Rosario, dictamos ésta; deseamos que diariamente se recite en las catedrales y todos los días de fiesta en las parroquias (Letras apostólicas, *salutaris ille*, del 24 Diciembre 1883) «Obsérvese esta práctica con celo y constancia alegrámonos de que se observe, acompañada de otras manifestaciones solemnes de la piedad pública y de peregrinaciones á los santuarios célebres cuyo nombre debemos desear que aumente».

Esa asociación de rezos y alabanzas á María tiene mucho de tierno y saludable para las almas. Sentimoslo Nosotros y Nuestra gratitud Nos hace recordarlo, cuando en ciertas circunstancias solemnes de Nuestro Pontificado, Nos hallamos en la Basílica Vaticana, rodeados de gran número de personas de todas condiciones, que uniendo sus ánimos, votos y confianza á los Nuestros rezaban con ardor por los misterios y oraciones del Rosario á la misericordiosa protectora de la Religión católica.

¿Quién pudiera pensar y decir que la viva confianza que tenemos en el socorro de la Virgen es exagerada? Ciertamente el nombre y representación del perfecto conciliador solo conviene á Cristo, porque solo Él, Dios y hombre á la vez, volvió al género humano la gracia del Padre Supremo. «Solo hay un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, que se entregó á sí mismo como Redentor de todos». (I, Timoteo II, 5,-6). Mas si, como enseña el Doctor

Angélico, nada impide que otros sean llamados, *secundum quid*, mediadores entre Dios y los hombres, porque colaboran á la unión del hombre con Dios, *dispositivè et ministerialiter* (III, Q. XXVI, a. 1-2), como los Angeles, Santos, Profetas, y Sacerdotes de ambos Testamentos, la misma gloria conviene plenamente á la Santísima Virgen.

Es imposible concebir que nadie para reconciliar á Dios y á los hombres haya podido ó en adelante pueda obrar tan eficazmente como la Virgen. A los hombres que marchaban hacia su eterna perdición, les trajo un Salvador, al recibir la nueva de un Sacramento pacífico que el Angel anunció á la tierra, y dar su admirable consentimiento en nombre de todo el género humano. (S. Thomas, III q. XXX, a. 1). De ella nació Jesús, Ella es su verdadera Madre, y por ende digna y gratísima *Mediadora para con el Mediador*.

Como estos misterios se incluyen en el Rosario y sucesivamente se ofrecen á la memoria y meditación de los fieles, se vé lo que significa María en la obra de Nuestra reconciliación y salvación.

Nadie puede substraerse á un tierno afecto viendo presentarse á María en el hogar de Isabel como instrumento de las gracias divinas y cuando presenta á su Hijo á los pastores, á los Reyes, á Simeón.

Pero ¿Qué se ha de sentir pensando que la Sangre de Cristo vertida por nosotros y los miembros que presenta á á su Padre son llagas recibidas en precio de *nuestra libertad*, son el mismo cuerpo y la sangre misma de la Virgen? «La carne de Jesús es, en efecto, la de María, y aunque haya sido exaltada por la gloria de la resurrección, su naturaleza quedó siendo la misma que se tomó en María». (San Agustín).

También hay otro fruto notable del Rosario, en relación con las necesidades de nuestra época. Ya hemos recordado que consiste en que, viéndose expuesta á tantos ataques y peligros la virtud de la fe divina, el Rosario da al cristiano con que alimentarla y fortificarla eficazmente. Las divinas Escrituras llaman á Cristo «autor y consumidor de la fe». (Heb. XII, 2); autor de la fe porque Él mismo enseñó á los hombres un gran número de verdades que debían creer, sobre todo las relativas á Dios mismo y al Cristo en que reside todo El lleno de divinidad, (Col., II, 9) y porque por su gracia y en algún modo por la unión del Espíritu Santo,

les da afectuosamente los medios de creer; y consumidor de la misma fe porque El hace evidente en el Cielo cuanto el hombre no percibe en su vida mortal más que á través de un velo, y allí cambiará la fe presente en gloriosa iluminación.

Ciertamente la acción de Cristo se hace sentir en el Rosario de una manera poderosa. Consideramos y meditamos su vida privada en los misterios gozosos, la pública hasta la muerte entre los mayores tormentos, y la gloriosa que, después de la resurrección, triunfante, se vé trasladada á la Eternidad, donde está sentado á la diestra del Padre.

Y pues que la fe para ser plena y digna debe necesariamente manifestarse, porque se cree en el corazón para la justicia, pero se confiesa la fe por la boca para la salvación. (Rom. X, 10), encontramos precisamente en el Rosario un excelente medio de confesarla. En efecto; por las oraciones vocales que forman su tejido podemos expresar y confesar nuestra fe en Dios, nuestro Padre, lleno de providencia; en la vida de la eternidad futura, en la remisión de los pecados, y también nuestra fe en los misterios de la Trinidad Santísima, del Verbo hecho carne, de la divina maternidad y en otros. Nadie ignora cuál es el valor y el mérito de la fe. Ni es otra cosa la fe que el germen escogido, del que nacen actualmente las flores de toda virtud, por las que nos hacemos agradables á Dios, donde nacerán más tarde los frutos que deben durar para siempre. «Conocerte es, en efecto, la consumación de la justicia, y su virtud es la raíz de la inmortalidad». (Sap. XV, 3).

Conviene añadir á este propósito algo de los deberes de virtud que necesariamente exige la fe. Entre ellos se halla la penitencia, que comprende la *abstinencia*, necesaria y saludable por más de un concepto. Si la Iglesia en este punto obra cada día con más indulgencia con sus hijos, comprendan éstos, en cambio, su deber de compensar con otros actos esa maternal indulgencia. Añadimos con gusto este motivo á los que nos han hecho recomendar el Rosario, que también puede producir buenos frutos de penitencia, sobre todo meditando los sufrimientos de Cristo y su Madre.

En nuestros esfuerzos para lograr el supremo bien, ¡con qué sabia providencia se Nos indica el Rosario como socorro que á todos conviene, fácilmente aprovechable, mas sin comparación con otro alguno! Aun el medianamente ins-

truido en asuntos de Religión puede servirse de él fácilmente y con utilidad, y el Rosario no toma tanto tiempo que perjudique á cualesquiera ocupación.

Los anales sagrados abundan en ejemplos famosos y oportunos, y se sabe que muchas personas cargadas de importantes quehaceres y grandes trabajos, jamás han interrumpido un solo día esta piadosa costumbre.

Bien se concilia la devoción del Rosario con el íntimo afecto religioso que profesamos á la Corona sagrada, afecto que á muchos les lleva á amarla como compañera inseparable de su vida y su fiel protectora y á estrecharla contra su pecho en lo último de la agonía, considerándola como el dulce presagio de la «incorrupción corona de la gloria». Presagio que se apoya en la copia de sagradas indulgencias, si el alma se encuentra en disposición de recibir las. De ellas ha sido enriquecida la devoción del Rosario cada vez más por nuestros predecesores y por Nos mismo, concedidas en cierto modo por las manos mismas de la Virgen misericordiosa, utilísimas á los moribundos y á los difuntos, para que cuanto antes gocen de los consuelos de la paz tan deseada y de la luz eterna.

Estas razones, Venerables Hermanos, Nos mueven á alabar siempre y recomendar á los pueblos católicos tan excelente fórmula de piedad y de devoción tan conducente para llevar al hombre al puerto de salvación. Pero aún tenemos otro muy grave motivo que ya en Nuestras cartas y alocuciones os hemos manifestado, como abriendo de par en par nuestro corazón.

Nuestras acciones, en efecto, se inspiran más ardientemente cada día en el deseo concebido en el divino corazón de Jesús de favorecer la tendencia á la reconciliación que apunta entre los disidentes.

Comprendemos que esa admirable unidad no puede prepararse y realizarse por mejor medio que por la virtud de las santas oraciones. Recordamos el ejemplo de Cristo, que en una dirigida á su Padre le pidió que sus discípulos fuesen «uno sólo» en la fe y en la caridad; y que su Santísima Madre dirigiera la misma ferviente oración, es indudable recorriendo la historia apostólica.

Ella nos representa la primera Asamblea de los Apóstoles, implorando á Dios y concibiendo gran esperanza en la prometida efusión del Espíritu Santo y á la vez á María presente en medio de ellos y orando especialmente. «Todos

perseveraban en la oración con María, Madre de Jesús». (Act. 1, 14.) Por eso también la Iglesia en su cuna se unió juntamente á María en la oración, como promovedora y custodio excelente de la unidad, y en Nuestro tiempo conviene obrar así en el mundo católico, sobre todo en el mes de Octubre, que ha mucho tiempo, por razón de los días infaustos que corren para la Iglesia, se ha destinado á la expresada devoción, y por eso hemos querido dedicarlo y consagrarlo á María invocada en rito tan solemne.

Redóblese, por tanto, esa devoción, sobre todo para obtener la santa unidad. Nada puede ser más dulce y agradable para María que intimamente unida con Cristo, desea y anhela que los hombres todos favorecidos con el mismo y único bautismo de Jesucristo se unan á Él y entre sí por la misma fe y una perfecta caridad.

Que los augustos misterios de esta santa fe, por el culto del Rosario, penetren más hondamente en las almas para obtener el dichoso resultado de «imitar lo que contienen y lograr lo que prometen».

Entre tanto, como prenda de las divinas mercedes y testimonios de nuestro efecto, os concedemos benignamente á cada uno de vosotros y á vuestro clero y pueblo la bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el día 20 de Septiembre del año 1896, de nuestro Pontificado el décimonono.

LEÓN, PAPA XIII.



**EPISTOLA ENCYCLICA**  
DE MARIALI ROSARIO  
LEO PP. XIII  
**VENERABILES FRATRES**

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

**R**IDENTEM plúmque animum erga Virginem beatissimam, quem inde a teneris haustum, tota vita studuimus alere et augere, iam sæpius in summo Pontificatu licuit Nobis apertiusque testari. Tempora enim nacti sæpe calamitosa rei christianæ ac populis ipsis periculosa, nempe cognovimus quanti foret ad providendum, commendare vel maxime illud salutis pacisque præsidium quod in augustis Genitrice sua benignissime Deus humano generi attribuit, perpetuo eventui in Ecclesie fæstis insigne. Hortationibus votisque Nostris multiplex gentium catholicarum solertia respondit, religione præsertim sacratissimi Rosarii excitata; neque copie desiderata est fructuum optimorum. Nos tamen expleri nequaquam possumus celebranda Matre divina, quæ vere est *omni laude dignissima*, et commendando amoris studio in Matrem eandem hominum, quæ *plena est misericordiæ, plena gælarum*. Quin etiam animus, apostolicis curis defatigatus, quo propius sentit demigrandi tempus instare, eo contentiore fiducia respicit Illam, ex qua, tamquam ex felici aurora, innociduae faustitatis lætitiæque processit dies. Quod si, Venerabiles Fratres, iucundum memoratu est, aliis Nos datis ex intervallo litteris collaudasse Rosarii præcem, utpote quæ multis modis et pergrata sit ei, cuius honori adhibetur, et his perutilis cedat qui rite adhibeant, æque est iucundum posse nunc idem insistere et confirmare propositum. Hinc autem præclara se dat occasio ut mentes animosque ad religionis incrementa more paterno adhortemur, et acuiamus in eis præmiorum spem immortalium.

Procan di formæ, de qua dicimus, appellatio adhaesit propria Rosarii, velut si rosarum suavitatem venustatemque sertorum contextu suo imiletur. Quod quidem ut peraptum est instituto colendæ Virginis, quæ *Rosa mystica* Paradisi merito salutatur, quæque universorum Regina stellente ibi corona præfulget, ita videtur nomine ipsò